

Kari Hotakainen

POR PARTES

Traducción: Ursula Ojanen,
Rafael García Anguita

meettok

Título original: Ihmisen osa

© Kari Hotakainen

© WSOY

1ª edición: Siltala, Helsinki, 2009

Obra traducida con la ayuda económica de FILI
(Centro para la Información de la Literatura Finlandesa).

Queda prohibida cualquier forma de reproducción sin
autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

© Edición española: meettok

© Traducción: Ursula Ojanen, Rafael García Anguita

2010

Publicado con ayuda de Eusko Jaurlaritza-Gobierno Vasco.

Ilustración: Elina Warsta

Fotocomposición: Imanol Tapia

Diseño de portada: Natali Canas + Lucas Echeveste

Impresión: Michelena. 20115 Astigarraga, Gipuzkoa.

ISBN: 978-84-937619-1-2

Depósito legal: SS-1242-2010

meettok.

c/Tejería 16. 20012 Donostia-San Sebastián

www.meettok.com

PRIMERA PARTE

La tendera

Mi nombre es Salme Sinikka Malmikunnas y todo lo que diga va a ser reflejado al pie de la letra en este libro. Al menos eso es lo que me ha prometido el escritor. Tan asustado estaba que incluso me propuso poner mis palabras en *cursiva*, por lo visto ese recurso acentuaría aún más la importancia de mis palabras. Al ver *la cursiva* le dije de inmediato que no la quería, ya va una lo suficientemente encorvada como para subrayarlo más todavía. Reconozco que le di bastante la matraca al escritor y por eso me prometió la tierra y el cielo. Puede que me haya entusiasmado demasiado al encontrarme por primera vez en persona con uno de verdad.

Antes de continuar, y en parte para justificarme, diré que no me gustan nada los libros de historias inventadas, ni tampoco sus autores. Siempre me ha fastidiado que se tomen como ciertas, que la gente se entregue a ellas con toda su alma, y que escuche atentamente a sus autores. Me refiero a esas novelas, y a otras parecidas, que se encuentran en algunas estanterías en las que se puede leer: bellas letras o bellas letras traducidas. Me irrité aún más cuando Paavo y yo nos enteramos de que esas historias inventadas se reclamaban también en el extranjero, y que algunas personas que habían estudiado idiomas las pasaban a nuestra lengua, aunque no fueran más que puras mentiras.

No tengo malas palabras para los libros de consulta porque entre ellos hay algunos cuyos títulos, ya de por sí, me

inspiran confianza: *El nacimiento de nuestro universo. La historia de Finlandia. Las aves antes y ahora. Los mamíferos ilustrados a todo color.*

Y, por supuesto, la enciclopedia, *Los escalones del saber.*

Nosotros también tenemos en casa este libro y lo hemos disfrutado mucho. No nos ha hecho falta pensar si es verídico o si sólo son imaginaciones o alucinaciones de algún incompetente. Lo abras por donde lo abras descubres muchas maravillas de la vida humana. ¿Hacia dónde vuelan los estorninos? ¿Cuál es la diferencia entre el chimpancé y el orangután? ¿Cuán grande y poderoso era antes el reino de Suecia y de dónde proceden su riqueza, su buen humor y su espíritu colectivo? En ocasiones solemos olvidarlo, a pesar de vivir tan cerca como vivimos, pero siempre se puede consultar en *Los escalones del saber.*

Ningún libro nos cuenta lo que pasará el próximo martes o cuando se nos vaya la chola del todo a Paavo y a mí. ¿Qué pasará cuando se apaguen las luces? Me refiero a las que hay dentro de la cabeza. ¿Se abrirá una puerta y hacia dónde? Porque eso es lo que el hombre no sabe, tiene muchísimas teorías alternativas, me refiero a las religiones. Yo, por si acaso, creo en todos los dioses que nos proponen en los libros, en los periódicos y en la tele. Pero no en los que se veneran con plumas en la cabeza y aros en la nariz, por supuesto. Paavo no cree en ninguno. No cree en nada que no pueda ver. Tampoco creía en Onni Suuronen hasta que lo vio. Tuve que llevarle en autobús hasta otro pueblo para ver cómo Onni daba vueltas con su moto sobre un cerco de madera a una velocidad endiablada. Ese hombre existe de verdad, repetía Paavo para sus adentros durante el viaje de vuelta. Pero muéstrame a Jesucristo, nuestro Señor, y a Dios Padre, muéstramelos, a ver, no lo puedes hacer, insistía

machaconamente Paavo. Yo le dije, igual que había hecho un millón de veces anteriormente en esta vida: no hables tan alto, la gente está escuchando.

Estaréis pensando cómo he podido encontrarme con un escritor, yo, que en tan poca estima tengo a los autores de libros de historias inventadas. Pura casualidad. La vida me ha puesto delante todo tipo de cosas, aunque no las haya buscado. Resulta que la mayor de mis hijos, Helena, me invitó a visitarla en la capital. Normalmente no voy a ninguna parte, pero acepté su invitación por la pena tan grande que ella tenía.

Era octubre cuando llegué a la capital.

La estación se llamaba Pasila.

Helena vivía cerca de allí, y me dijo, cuando aún estábamos en el andén, que no podíamos ir a su casa porque allí aquello te invadía inmediatamente. Helena me propuso ir primero a la feria del libro. No acogí la idea con mucho entusiasmo al enterarme de que, aparte de libros, allí habría una gran cantidad de escritores. Helena me suplicó y no tuve corazón para agraviar a mi hija. Diré aquí en medio que Paavo no había venido porque se había quedado mudo temporalmente.

Habían construido un pabellón enorme para la dichosa feria. Había por lo menos tres entradas. Nosotras accedimos por la puerta más grande y pagamos un total de veinticuatro euros por las dos. Pensé que, al menos, incluiría el almuerzo y los cafés, sin embargo, Helena me dijo que la entrada no incluía la comida, aunque sí todo el alimento para el alma que quisiéramos.

Había muchísima gente.

Un verdadero hormiguero.

Resonaba por doquier.

Habían levantado grandes plataformas por todas partes y en ellas unas tribunas a las que conducían a los escritores.

Nos paramos delante de una de ellas. En la parte superior podía leerse en letras grandes: Katri Vala. No conocía a aquella persona, pero pronto subió al escenario una mujer que parecía la reina de las abejas, y rápidamente comenzó a rodear y dar vueltas en torno al escritor, que estaba sentado en una silla, de una manera zalamera, y se acomodó muy cerca de él. Le atendía con mimo y le llenaba de halagos. Le engatusaba y lisonjeaba. Faltó poco para que se sentara en su regazo. Al final le recordó a la gente el descuento con el que podrían adquirir su libro y en qué departamento y puesto el bueno del escritor firmaría encantado aquella singular obra.

Todo aquello que estaba viendo parecía una representación teatral, y después de permanecer mirando y escuchando durante una hora o dos sin tener café y bollos a mano, comencé a echar de menos algo de veracidad desde el fondo de mi corazón. No digo que no haya mentido nunca en mi vida, pero al menos no he reflejado las mentiras en ningún libro.

Conseguí que Helena aceptara tomar un café en una pequeña cabina situada en el pasillo grande. No osé exponerle mis opiniones, aunque me hubiera gustado hacerlo. Helena quería tabaco. Nos condujeron por una salida grande afuera a un patio trasero.

Fue allí dónde vi al escritor, aunque al principio no me di cuenta de que era uno de ellos. Sólo era un hombre, estaba sentado sobre un cajón lleno de arena para echar sobre la nieve, fumaba mirando de reojo a su alrededor. No pude estimar su edad porque todo el mundo ahora es más joven que yo. Parecía ser alguien de mantenimiento y quizá por eso empecé a charlar con él. Contestó inseguro a mis preguntas y muy pronto me di cuenta de que no tenía nada que ver con los de mantenimiento. Estos eran resolutivos, aquel era tímido.

Helena no dijo nada, le avergonzaba mi locuacidad. Siempre hay algo de los padres que avergüenza a los hijos, no merece la pena sentirse herida por ello. Le dije a ese hombre que no hacía falta que tratara de fingir ser alguien más sabio, saltaba a la vista que no era un empleado de mantenimiento, pero aquello tampoco importaba allí, podíamos charlar lo que nos diera la gana, estábamos celebrando una feria de mentiras. Helena me echó una mirada enojada, yo le devolví una benévola.

El hombre era más bien de los calladitos, pero no me importó, yo era la mujer de un marido mudo. Le dije que si yo escribiera un libro empezaría por uno de no ficción y todo lo escribiría tal y como es y no tal y como debería ser. En cualquier momento podría escribir un libro, por ejemplo, sobre el croché o cómo tejer alfombras o cómo preparar el bollo Boston, pero no me daba la gana. Además, ese tipo de buenos libros ya estaban escritos. Sin ir más lejos, *El arte de cocinar en el hogar* es uno de esos libros que no hace falta volver a escribir. Me lo regaló mi abuela y todo en el sigue siendo válido hoy en día. A cada uno de mis hijos le he comprado uno, y gracias a el no les han faltado sopas ni asados.

El hombre asentía con la cabeza. Claramente era un tipo que escuchaba. O tal vez no tenía nada que añadir a lo que le decía. Helena me metió prisa para entrar, no quedaba más que la colilla de su cigarrillo. Me di cuenta de que le había contestado que se fuera si quería, la seguiría en breve. Helena me echó una larga mirada y de esa forma trató de verificar si hablaba en serio. Con un gesto le mostré que todo estaba bien. Me apetecía hablar con un desconocido, de esa manera podía tomarme unas cortas vacaciones del gran problema de Helena.

Al quedarme a solas con aquel hombre tuve que presentarme, no podía hacer otra cosa. Al menos el nombre afianza

algo a la persona. Le dije mi nombre, y él me dijo el suyo, que ya he olvidado. Le dije que era una tendera jubilada que tenía una tienda de lanas. Eso le animó y me dijo que era escritor. Añadió que en aquella ocasión no tenía nada que hacer en la feria porque no había publicado nada. Me extrañó que se hubiera molestado en venir a la feria. Me comentó que había conseguido una entrada gratuita. Le pregunté si no le molestaba estar en su lugar de trabajo estando en el paro. El hombre no me contestó nada.

Me pasó por la cabeza decir lo que pensaba sobre los escritores y las historias inventadas pero lo consideré innecesario. Le pregunté cuándo saldría su obra, al menos estaría trabajando en ella. El escritor no me contestó nada, sino que encendió rápidamente un segundo cigarrillo. Sujetaba el tabaco entre el dedo índice y el pulgar, lo que me permitió deducir que no era un fumador de verdad.

Mantuvimos el silencio. Me había acostumbrado a ello con Paavo, pero con un desconocido el silencio es diferente, casi sonoro.

Estaba a punto de marcharme ya cuando me preguntó qué tipo de vida había vivido. Eso no se le debe preguntar a una desconocida, aunque de alguna manera en aquel momento no me pareció una intromisión. Le dije que había vivido tanto que no había tenido tiempo ni de lavarme los dientes a fondo. Le conté muchas cosas de aquí y de allá, saltando de una cosa a otra, puede que metiera alguna que otra palabra mal sonante entre medias, dejé salir las historias a chorro pero sin entrar en detalles.

Quiso saber más.

Le dije que no iba a contarle más cosas así como así, no iba a cometer ese error de nuevo. Una vez, sentada en el hospital, mientras esperábamos los análisis de Paavo, le conté a un perfecto desconocido detalles sobre mi vida. Me

pareció más liviana la carga, pero no que hubiera hecho lo correcto. Me produjo la sensación de que algo de mi propia vida había quedado en poder de otro.

Entonces el escritor me planteó su propuesta.

Si yo le contaba mi vida, él me daría cinco mil euros.

Tuve que sentarme.

Me provocó un poco de miedo.

Helena estaba por ahí, entre la muchedumbre, y yo no tenía el teléfono móvil, se lo había dejado a Paavo. A mí nunca me habían ofrecido cinco mil euros por nada. El escritor me dijo que podía pensarlo tranquilamente durante una hora y hablarlo, si quería, con mi hija. Le pregunté al escritor qué diablos haría con mi vida. Me dijo que él no tenía vida propia y que todavía quería escribir un libro.

Sentí aún más miedo. Me entraron ganas de decirle que todo el mundo tenía su propia vida.

Me puse de pie, no me atreví a quedarme sentada para pensar en cosas tan extrañas. El decorador Alfred Supinen solía decir que el hombre tenía que pensar de pie sobre los asuntos difíciles y que para las cosas difícilísimas tenía que salir a caminar.

Pensé que aquel hombre estaba loco, sin duda alguna, pero a los locos no se les puede decir eso. No son buenos psicólogos, igual que si en algún momento nosotros nos trastornamos. El verdadero loco se encuentra dentro de su locura como una perla dentro de su ostra.

Le dije que no iba a vender mi propia vida, la única que realmente poseía, y que lo mejor sería que el escritor escribiera de lo que mejor conocía, es decir, de la suya propia. Insistió en que en su vida no había nada sobre lo que escribir y que a él nunca le había ocurrido nada. Le pregunté ansiosa de qué trataban sus libros entonces si no tenía nada que contar y no le había ocurrido nada. El escritor me dijo

que bien se podían escribir diez libros sobre ese vacío, pero ninguno más.

Y qué culpa tenía yo si él no tenía nada de lo que escribir, pensé, no debía cargarme a mí con ello.

El escritor me dijo que por cinco mil euros podría conseguir cualquier cosa en este mundo, y de propina mi propia vida encuadrada en tapas duras.

Después de aquello no tuve más remedio que decirle que odiaba los libros de historias inventadas, y que lo peor era que alguien se inventara mi vida de nuevo y la metiera en algún libro. Aquello le entusiasmó y me dijo que precisamente eso era justamente lo que había pensado hacer. Necesitaba una buena vida como base para inventar más cosas sobre ella, de manera que la vida que surgiera así resultaría mucho mejor que la original que subyacía en el fondo.

¡Qué demonios! ¡Que mi vida se iba a quedar abajo del todo y que era peor que aquella vida inventada! ¡Y que por esa vergüenza me pagarían cinco mil euros! De pronto me pareció una suma muy pequeña.

Según el escritor, yo lo había entendido todo mal. Mi vida no desaparecería por ninguna parte, estaría allí abajo, como la tierra para una hermosa plantación. Lo verdadero y lo inventado se unirían y juntos conformarían un total que fuera más que cada uno de ellos por separado.

Así me lo explicó al tiempo que conseguía marear a una persona mayor.

Para no volverme loca del todo empecé a pensar en el dinero. Es bueno pensar en ello porque te proporciona una unidad de medida. No deberían hablar mal del dinero. A veces es la única cosa capaz de trazar unos límites claros a los propósitos del hombre.

Le pedí al escritor que se callara mientras yo meditaba.

Calculé en mi cabeza todo lo que podría conseguir con esa suma. Primero pasaron por mi mente unas cortinas nuevas, la reparación de nuestro viejo coche, muebles para el jardín, un abrigo de piel para el invierno, tal vez unas vacaciones en un balneario. No me reproché por pensar en todas aquellas cosas y objetos que me iban a proporcionar placer y que pasaron por mi cabeza antes que lo más importante, aquello que me pesaba en el corazón.

De pronto todo quedó completamente claro. Sabía en qué gastar ese dinero.

Al mismo tiempo decidí que no les diría nada a Helena ni a Paavo sobre el asunto.

Como antigua vendedora de lanas conocía bien el valor del dinero y al mismo tiempo entendía que ahora el mercado era favorable al vendedor. No había más que una vida en venta allí en aquel patio trasero, de modo que me decidí a subir el precio. Le dije que le costaría siete mil euros. Calculé que me llegaría para conseguir todo aquello que de otra manera no podría.

El escritor se mostró envarado y me dijo que ya había vendido todos sus bienes para poder reunir los cinco mil euros. Levantó las manos y me dijo que no podía sacar dos mil euros más. Sabía por experiencia que esa cantidad la sacaba uno a pulso aunque fuera de debajo de la tierra, medio congelado, si de verdad se quería algo con fervor. Me acordé de cómo Helena había trabajado durante tres semanas de calor en el campo de fresones con dolores en la espalda para poder ir al festival hippy de Turku a escuchar a un cantante de aspecto insolente.

Le dije al escritor que el precio se determinaba de acuerdo a lo visto y vivido, y que con ese precio conseguía una vida de curso legal, y de cuya veracidad no se podía dudar. Me di cuenta de que hablaba igual que en mi vida pasada, como si estuviera vendiendo hilo, agujas y botones.

Me dio vergüenza subir el precio pero no tuve remordimientos porque cuanto más pensaba en mi vida, más cara me parecía. Debido a la edad y a todo lo que últimamente había sucedido. A los veinte años, recién graduada en la escuela comercial, habría vendido mi vida por unos cuantos cientos.

El escritor me dijo que me estaba aprovechando de su situación apurada subiendo el precio. Le recordé nuestros papeles. Él quería comprar algo, pero yo no estaba vendiendo nada. Subrayé también que no sabía nada de su situación vital, pero que en el mundo había apuros mucho más grandes que la ausencia de vida en un escritor. Le dije también que si el precio le parecía demasiado elevado, podía hacer el favor de pasar por otras tiendas, nuestros precios en aquella ocasión eran fijos, no había margen para ser flexible.

El escritor se quedó en silencio. Como antigua tendera reconocí la situación. El cliente juega con el tiempo. Sabe que va a comprar, pero se opone a dar el consentimiento final. Odia al vendedor que le había dado un precio fijo al producto que quería a toda costa. Tiene que comprar y quedarse sin hacerlo. Tiene que querer y a la vez rechazarlo. En aquella situación el vendedor tiene que ayudar al cliente temeroso a cruzar el río sin mojarse los pies. No tuve tiempo de hacerlo.

El escritor me dijo que aceptaba el precio, pero que necesitaba más tiempo para conseguir los dos mil euros. Yo no quería esperar mucho tiempo para tener el dinero, de manera que le hice una pregunta muy personal: ¿de verdad has vendido todo tu patrimonio? ¿No habrá quedado algo de lo que no quieras desprenderte? ¿Una vieja cómoda o un florero de cristal nudoso diseñado por alguna celebridad?

El escritor negó que poseyera algo de lo que pudiera desprenderse por dos mil euros, pero pensó que el editor le

daría un anticipo por el futuro libro si el contenido de éste le parecería prometedor.

Acepté el plazo pero con los cinco mil euros llegamos a un acuerdo verbal de pago inmediato. Le estreché la mano. El apretón fue firme. Justo cuando le solté la mano vino Helena.

Me sentía una pecadora, aunque hubiera hecho un pacto cuyo beneficiario fuera Helena. Ella me preguntó por qué me había quedado fuera más de media hora, había llegado a pensar cualquier cosa. Me entraron ganas de decirle que acababa de hacer un buen trato en beneficio suyo, pero sólo le dije lo rápido que pasaba el tiempo cuando se hablaba con un experto en reparar las escaleras de las plantas superiores, ese asunto que tantas veces habíamos tratado en casa. Le hice un gesto al escritor indicándole que no dijera ni una palabra de nuestro trato.

Helena me metió prisa para que entrara. Le dije que entraría en dos minutos. Helena me preguntó para qué necesitaba más tiempo. Le dije que el carpintero era de un pueblo cercano al nuestro y que todavía tenía que cerrar los detalles de la obra.

Helena dijo que me esperaría delante de la tribuna Mikael Agricola.